



CENIZAS

por Jordi Armengol Carner

Calor. Intenso. Una llama. Estallando. El grito de una mujer. Luz blanca y cegadora como la de un relámpago, con el trueno acompañándola. El llanto de un bebé. David volvió a la realidad con un sobresalto. Se llevó la mano a la frente mientras parpadeaba ligeramente. Se había dormido sin percatarse. Cabeceó hacia el cielo. Las nubes avanzaban sin prisa. Era un sábado por la mañana y el cielo había amanecido nublado. Color de plomo.

No corría ni un aliento de viento. El ambiente transmitía la sensación de calma que precede a la tormenta. Los árboles habían cubierto las aceras con oscuras alfombras de tonos verdes y ocrees escondiendo el pavimento bajo ellas. Los pájaros cantaban tímidos esperando la más ligera señal para volar de vuelta hacia sus nidos. Quizá era una opción que él también debería tomar.

Desde la zona del aparcamiento, el tráfico de los automóviles se limitaba a un leve murmullo lejano. Una Volkswagen blanca cruzó por delante de su coche. El conductor le miró sin frenar el coche, avanzando lentamente. Sus miradas se cruzaron durante breves instantes. No pudo distinguir su cara a causa del reflejo del parabrisas y de la penumbra que le proporcionaba el interior del automóvil. La camioneta siguió buscando una plaza para aparcar con la mayor indiferencia, mientras David Lafarga cabeceaba hacia el otro lado del área de aparcamiento.

El inicio de una ligera llovizna había empezado a manchar el cristal del parabrisas. Contempló el tráfico de la carretera más allá del señal de Stop. Eran alrededor de las diez de la mañana y el tráfico comenzaba a arreciar.



David se puso cómodo apoyando la espalda contra el respaldo de la butaca y decidió abandonar aquellos largos minutos de pensamientos rompiendo el silencio para conectar la radio del automóvil.

La emisora de noticias recordaba que hacía un par de días Barak Obama había ganado las elecciones presidenciales de Estados Unidos, y el mundo, apenas recuperado de la resaca de aquella nueva esperanza, poco a poco volvía a la realidad de la crisis económica global. Mientras, el gobierno español cortaba las alas a una subida del treinta y uno por ciento en el precio de la factura de la electricidad, a la vez que celebraba con gozo haber conseguido una butaca en la próxima reunión del G20 en Washington, por obra y caridad del presidente Nicolás Sarkozy. Se llevó el dedo índice a la barbilla mientras contemplaba con interés una fachada más allá de las hileras de automóviles aparcados en batería. Un edificio que había quedado aislado al borde de la carretera, debido a la construcción del parking público de "La Sínia". La casa se alzaba abandonada. Como la sombra inolvidable de un pasado destinado a extinguirse. Como el fuego de una llama que se apaga. Pero aquel edificio poseía un especial interés. Al menos en lo que al hombre llamado David Lafarga respectaba.

La casa se componía de dos plantas. Techo de teja. Paredes pintadas con el color de la arena. Largas columnas de mugre y óxido descendían desde el tejado y los marcos de las ventanas. Un pequeño balcón en la segunda planta servía de plantación para oscuras enredaderas que descendían por la pared sur de la casa. Persianas de madera en la planta superior, acompañadas de sólidas rejas de hierro forjado en la planta baja. Un pequeño muro de piedra rodeaba el patio de la casa. Un recinto de fácil acceso dada la escasa altitud de la barrera. La casa parecía querer agazaparse detrás de su cerco, como si la tristeza la hubiera invadido. Cabeceó hacia el tejado. Contempló la vieja y oxidada antena de televisión.



Coronaba el edificio junto a dos chimeneas de obra, que terminaban de componer la primera imagen que la casa ofrecía al transeúnte distraído. Un edificio que hubiera pasado desapercibido a cualquiera, con la única cualidad de tratarse de un viejo edificio abandonado, aislado por una nueva zona de aparcamiento municipal, con toda probabilidad de hallarse condenado al derribo.

Tuvo una sensación que le provocó una intensa intraquilidad. La había vuelto a sentir. Se había acercado a él lentamente, como a cuclillas, sin querer hacerse evidente en exceso. Pero estaba allí y podía sentirla con nitidez. Evidente en su suciedad y su amargura. Intensa en su decadencia y en su perversión. Y aquella sensación final. Aquel ligero sabor a cenizas. Parpadeó mientras contemplaba la casa. Tragó saliva. Sí. Cenizas. Podía sentir aquel sabor emanando desde el interior de aquella casa. La ligera llovizna se había detenido. El cristal del parabrisas se había secado y pudo oír las campanas de la Iglesia de Sant Esteve golpear un total de once veces. Una pareja mayor cruzó por delante de los coches aparcados frente a la casa, cargados con bolsas blancas de plástico. Venían cargados con las compras del mercado popular que se celebraba semanalmente.

Miró a su alrededor. Los árboles seguían sin moverse. La lluvia se había detenido y el cielo seguía con aquel color gris. Un color parecido al plomo pero que había ido cambiando sucesivamente durante la mañana. Ahora tenía un color que quizá se asemejaba más al del suelo de una chimenea consumida. Ya no podía oír a los pájaros cantar. Se habían refugiado en sus nidos finalmente. Quizá habían volado a esconderse. La zona de aparcamiento se había vaciado. No circulaba ningún automóvil en el interior del recinto. David se había quedado completamente solo sentado en el interior de su coche. Aquella sensación no le abandonaba. No tenía duda alguna de que a medida que pasaban los minutos era más nítida.



Contempló la fotografía de su esposa y de su bebé por última vez. Colgaba del espejo retrovisor interior.

Apagó la radio y extrajo las llaves del contacto del automóvil. Se levantó de su asiento y al cerrar la puerta, oyó un débil trueno en la lejanía. Débil en la distancia pero no en lo que parecía su intensidad. Oyó el llanto de un niño que le sobrecogió el alma. Miro a su alrededor. No había nadie cerca. Pensó que quizá provenía de algún edificio próximo. Pero en su interior, sus verdaderos pensamientos eran muy distintos. Sabía de dónde había provenido aquel llanto. Una leve brisa muy seca se levantó en el mismo instante en el que cabeceaba hacia la casa, acariciando su cara e inclinando su pelo hacia atrás. La brisa parecía provenir directamente del edificio. Frío. Sintió aquella sensación molesta invadir sus ropas, golpear sus manos. Un frío repentino y rudo que nada tenía que ver con la temperatura del ambiente. Ni tan siquiera con la brisa que acariciaba su piel, mucho más templada en comparación con aquella sensación que le había invadido repentinamente. No. Aquel frío no era físico. Emanaba del interior de la misma casa, de la misma forma que lo hacía aquella sensación de podredumbre. De soledad y de angustia. Decadencia. Perversión. Cenizas. Sensaciones que evocaron recuerdos del pasado no muy lejano. El día en que todo había cambiado por completo.

Una noche en particular. Apenas un año atrás. La vida le había engullido, masticado, y vuelto a escupir en una fría y oscura Nochebuena. Unos recuerdos que se forzó a alejar de su mente, luchando contra la estremecedora intensidad con la que habían aparecido aquella mañana.

David apretó la mandíbula con fuerza. Se apresuró a acercarse a la parte trasera del vehículo. Extrajo un hacha del maletero. Pero no era un hacha común. La curvatura de su mango, el tamaño y la forma de su hoja, componían un hacha más propia de un bombero antes que la de un



leñador. Agarró el mango con soltura mientras cerraba la puerta del maletero. Guardó las llaves del vehículo en lo más profundo del bolsillo de su abrigo. Activó el cierre centralizado. Alzó la mirada y contempló la casa durante unos instantes. La fachada que se alzaba ante él era la parte trasera de la casa. La entrada principal estaba encarada hacia la carretera. Avanzó decidido hacia el edificio. Con su alma como única presencia en la totalidad del aparcamiento. Andó en contra de aquella brisa mientras el frío prendía su ropa cada vez con más intensidad a medida que seguía andando. Sintió una sensación nauseabunda al acercarse a las filas de los automóviles más próximos al muro de piedra.

Una imagen como un latigazo. Una escena que le golpeó sin previo aviso, golpeando su mente como un martillo. Terror puro. Frío. Ancestral. David se vio obligado a detener su paso. Apoyó el hacha en el suelo a modo de bastón. Cabeceó hacia las matrículas de los coches aparcados frente a él. Se centró en aquellos dígitos negros pintados sobre fondo blanco intentando escapar de la imagen que le asaltó repentinamente. La imagen de su esposa. Calor repentino. Azufre. Ana. Sabor a cenizas. Pensó que quizá no había sido tan buena idea. Debería haber sabido a lo que se estaba enfrentando en el momento en que aparcó el coche en aquel parking. Un murmullo. Como un eco. Una sonrisa escondida, perversa.

El recuerdo que hizo tensar todos los músculos de su cuerpo con un estremecimiento producto del más puro terror. Maldijo en su interior. Maldijo al demonio que se escondía tras todo aquello. Una punzada en su rodilla derecha. Intensa y profunda. Le hizo perder pié, obligándole a apoyarse contra la chapa de un coche aparcado.

Alzó la cabeza. Contempló la fachada. Un solo instante. Una ventana con las persianas abiertas. Las llamas danzando en el interior de la casa más allá de la ventana. Cristales y fuego que desaparecieron para mostrar una



persiana de madera cerrada sobre la ventana. Tal y como seguramente había estado desde hacía mucho tiempo. Con un intenso dolor en su lastimada rodilla, avanzó a través de los coches hasta alcanzar el muro de piedra.

Se apoyó contra la verja con fuerza, con el hacha en la otra mano, mientras cabeceaba decidido hacia la pared de la casa. El lado sur del edificio, justo debajo del balcón, mostraba una distancia más corta entre la pared del muro y la pared de la casa. Siguió andando apoyado contra la pared hasta rodear la esquina y situarse en el lado sur de la casa desde donde se alzaba el pequeño balcón. El viento cambió de dirección e intensidad, trasladando con él un intenso hedor de cenizas y de madera quemada.

“David”. Oyó la voz en su cabeza. La conocía perfectamente. Y la criatura que se escondía en el interior de aquel edificio le conocía perfectamente a él. Era la voz de Ana. De su propia esposa. “David” volvió a llamarle. El dolor apesó su corazón. El recuerdo de aquella noche. “Sálvame” Aquella palabra resonó como un eco imposible en su cabeza. El eco que hace renacer los recuerdos. Su corazón se encogió por el dolor. Las lágrimas ya no podían surgir de sus ojos. Se sujetó al muro de piedra para cabecear hacia el cielo. Se preparó para sortear la pequeña pared aún y con el dolor que la rodilla seguía produciéndole.

Algo frío y húmedo acarició su mano. Blanco y diminuto. Copos de nieve. Había empezado a nevar. David cabeceó a su alrededor. Sabía que aquello era imposible. Agarró con fuerza el mango del hacha. Una intensa nevada descendía del cielo de para cubrir los automóviles de la zona de aparcamiento. Apretó los músculos de la mandíbula. Oyó de nuevo aquella sonrisa. Era de noche otra vez. Había empezado a nevar con intensidad a media tarde y las autoridades no recomendaban la circulación de automóviles por las carreteras.



Nochebuena. David y su pequeña familia se habían trasladado hasta la vieja casa familiar de su esposa en el pueblo de La Garriga. La casa estaba situada en las afueras de la localidad. Un pequeño pero hermoso camino rodeado franqueado por cipreses unía la finca con la carretera principal.

Ana había crecido en aquella casa. Era una tradición para su familia pasar la navidad en la casa de su infancia y ella quería que lo fuera también para su pequeño bebé. Pasaron la tarde adornando el comedor. Decorando los muebles y las paredes y el pequeño árbol de Navidad.

Al anochecer, había preparado un buen montón de leña y se decidieron a encender la chimenea del comedor. La humedad había calado en los troncos a pesar de haber intentado mantenerla en lugar seco. Tardó unos minutos en conseguir que la madera ardiera mientras el pequeño David le observaba sonriente desde su cuna. Cuando el fuego empezaba a crecer, se sentó junto a su esposa que también le había estado observando en todo momento. Ana le miraba con aquella mirada brillante y él la besó. “Nuestra primera Navidad. Los tres juntos en esta casa” sonrió ella. Él le respondió en silencio, con la mirada del padre enamorado y feliz. Un crujido. La madera se partió en dos con un extraño e intenso crujido que hizo que ambos cabecearan hacia la chimenea. “Qué extraño” pensó. “Hubiera jurado que la madera estaba húmeda”. Los troncos volvieron a crujir, partiéndose. Saltaron en pedazos.

La puerta se soltó violentamente de sus bisagras bajo el ímpetu con el que la golpeó con el hacha. Con apenas cuatro golpes, la puerta del balcón cedió, derribándose y cayendo hacia el interior de la casa. Una nube de polvo le dio la bienvenida al interior. Se sujetó al marco de la puerta para acceder a la pequeña habitación. Delgadas hileras de luz penetraban en la oscuridad desde el exterior, iluminando el aire cargado de motas de polvo.



Tragó saliva y se llevó un pañuelo a la cara, procurando respirar la menor cantidad de polvo posible. Aquel edificio podía llevar años cerrado. No sabía lo que el interior de sus paredes podía llegar a esconder. Un espejo en la pared. Olvidado. Cubierto por el polvo. Pudo contemplar su propio reflejo durante unos instantes. Su propio rostro cubierto con el pañuelo. Miró hacia otro lado. Una vez más fue incapaz de sostenerle la mirada a su propio reflejo.

“David” la suave voz que parecía la de su esposa volvió a sonar, esta vez con un eco más próximo que provenía claramente del interior de la casa. El frío se había hecho más latente. Podía sentirlo atravesar su abrigo, acariciar su carne. Debía darse prisa si no quería que empezara a afectar a sus músculos. Todavía cojeando, avanzó hacia el interior de la habitación. Sujetó el hacha con ambas manos.

Cruzó a través de restos de madera de una estantería despedazada. Restos de una silla, libros esparcidos cubriendo el suelo. Polvo. Suciedad. Azufre. Al llegar hasta la puerta, solamente con girar el pomo se percató de su deplorable estado. Las bisagras se habían oxidado con el paso del tiempo y la puerta no podía abrirse más que un par de centímetros. Colocó el filo del hacha entre la puerta y el marco. Se apoyó con fuerza contra el mango, paralelo a la pared, e hizo palanca con él. Las bisagras crujieron. La puerta se abrió a duras penas con un sonoro ruido. El hedor. Invadió la pequeña habitación. Insoportable. Procedía del interior de la casa. Un chorro de aire caliente le acompañaba.

Volvió a llevarse el pañuelo a la cara. Pero esta vez fue por algo más que para no ingerir el polvo que se había alzado del suelo. Las náuseas le produjeron arcadas. El hedor no era nada que hubiera oído con anterioridad en su vida. Un hedor que hacía acudir a su mente imágenes perturbadoras. Montones de cadáveres. Cuerpos en avanzado estado de descomposición.



Olor a azufre y a cenizas mezclado con la podredumbre. Cuerpos parcialmente calcinados. Sólo algo así podía concebir su mente para asociar aquel intenso y desagradable olor.

Abandonó la habitación haciendo un gran acopio de voluntad. Se sumergió en el interior de la casa. Ya no había marcha atrás. Avanzó por el oscuro pasillo apretando el pañuelo contra su cara mientras con la otra mano sujetaba el hacha. El aire cada vez era más caliente.

No quedaba ningún rastro del frío que le había invadido en el exterior y en el interior de la habitación, aunque todavía lo sentía impregnando su ropa. El aire parecía arder. Cargado. Corrompido. Como solo podía oler el pasillo que debía conducir al Averno. Debía continuar adelante. Luchó con el calor. Se hacía más intenso a medida que avanzaba por el estrecho pasillo, franqueado por oscuras y podridas paredes invadidas por la humedad. El papel de decorar se desprendía con facilidad de las paredes.

El pasillo desembocaba en un rellano por el que las escaleras descendían hasta la planta baja. Al otro lado de las escaleras, podía divisar el final del pasillo de la primera planta. Estaba coronado por dos nuevas puertas. Avanzó decidido hasta la zona iluminada que se filtraba a través de los cristales de la ventana de la escalera. "David" La voz sonó más intensa. Había sonado muy cerca. Pudo oírla claramente. Procedía de la parte inferior de las escaleras. Cabeceó por el hueco. La oscuridad cubría la porción de la planta inferior que podía ver desde la primera planta. El aire caliente procedía de abajo. Ascendía despacio pero podía sentir la corriente de aire en su piel y en su pelo agitándose. El hedor también procedía de la primera planta. Sus músculos se tensaron al sentir un escalofrío recorrerle la espalda y las extremidades.

Apretó la mandíbula con fuerza mientras sujetaba el hacha con ambas manos. La ira creció dentro de él con una inyección de adrenalina. Estaba



cerca. Muy cerca. Ya no podía retrasar más lo inevitable. No podía dejar que el miedo se apoderara de su mente otra vez. Debía luchar. Ahora no podía dejarse vencer.

Se agarró decidido a la barandilla y descendió por los escalones de madera. Uno a uno. Con paso seguro. La rodilla le martilleaba con dolor en cada escalón. Pero siguió luchando. Con los músculos tensados por el miedo. Corazón acelerado. El aire caliente le permitía sentir con nitidez el sudor descendiendo por su espalda frío como una capa de hielo. La adrenalina le obligaba a respirar con fuerza. Las náuseas intentaban atraparlo. Se obligó a mantener la mente clara. Centró su mirada en lo que veía. En la barandilla. Los escalones. El hacha en su mano. Luchaba contra imágenes del pasado convocadas por el terror que solo podían subyugar su mente y destrozarse su voluntad de seguir adelante. No podía permitirlo. Soltó la barandilla al llegar a la primera planta. Al pisar el suelo, el polvo se alzó en grandes cantidades. Fue como pisar nieve. No, la nieve era más sólida. Crujiente. Aquello era blando. Más ligero. Se percató de que no era polvo. El hedor era mezcla de azufre, y de podredumbre. Sabor a cenizas.

Aquella sustancia cubría todo el suelo, hasta las esquinas del recibidor de entrada. Como el suelo de un crematorio. Agarró con fuerza el hacha. Ambas manos sujetando el poderoso mango. El piso inferior se hallaba casi completamente sumido en la penumbra. Contaba principalmente con la luz que descendía de la planta superior. Su vista se acostumbró poco a poco a la oscuridad. Una leve iluminación. Procedía del otro lado de la planta.

Andó decidido por el recibidor, cojeando. Dejando sus huellas en el suelo y alzando cenizas a su paso. Tenía la piel empapada por el sudor. Tal y como avanzaba, sentía el calor más intenso y, de alguna forma, lo sentía menos natural. Llegó hasta la entrada del comedor. Quizá era la habitación más grande de toda la casa.



Una puerta corredera de dos piezas permitía la entrada a su interior. Estaban entreabiertas. Podía ver la iluminación proceder de una ventana del mismo comedor, al otro lado de la habitación. Una de las persianas exteriores se había inclinado y dejaba pasar algo de luz a través de las cortinas. Contempló la gran sala. Estaba cubierta por un mar de ceniza. No podía distinguirse el suelo bajo aquel grueso manto de color gris. Pero podía sentirla. Impregnaba las butacas. El sofá. La librería y cada uno de sus libros. La mesa. Las sillas. Los candelabros. Cada uno de los cuadros que colgaban de la pared. El atizador. La presencia de aquel demonio era evidente. Principalmente en la chimenea. El mal estaba allí, en aquella habitación. Impregnándola con su presencia.

Abrió las puertas del comedor y entró. El corazón parecía que iba a salirle por la boca. Las piernas le temblaban mezcla de dolor, terror y de adrenalina. Oyó una leve sonrisa. David se detuvo casi a tocar de la gran mesa. Un leve murmullo malévolo resonó en la habitación. Parecía provenir de todas partes. El aire era muy denso.

Sintió un susurro muy cerca, casi a tocar de su espalda, como alguien murmurando cerca de su oído. Un susurro malévolo. Como el de un niño malvado al que le acaban de descubrir una nueva fechoría. Sintió el vello de su cuerpo erizarse. Las punzadas de dolor de su rodilla se hicieron más intensas con el latido acelerado de su corazón. Sabía lo que la criatura necesitaba. Aquella noche de Navidad la había sentido cerca de él. Como un escalofrío. Creyó que era la temperatura del comedor. La sintió muy cerca cuando intentaba encender el montón de leña en la chimenea pero no se percató de ello en ese momento. No hasta que la leña crujió y se partió. Ana gritó al verla, al hacerse corpórea. Necesitaba algo muy particular para tomar forma.



Se acercó a la chimenea. Se detuvo delante de ella. Hundió la mano en el interior del abrigo y extrajo un montón de páginas de periódico dobladas. Las arrugó con la mano para luego lanzarlas al interior. La risita malévola se convirtió en una risa contenida. Casi gutural. Una risa que ya no parecía la de un niño. Ni siquiera se asemejaba a una risa humana.

Contuvo la respiración. De otro bolsillo extrajo un encendedor. Con un rápido movimiento de muñeca, la caperuza del artefacto se abrió y se desprendió el gas de su interior. Rodó la piedra. La llama prendió, iluminando su ropa, sus manos. Sin perder un solo instante, lanzó el encendedor al interior de la chimenea. Decidido, se alejó un par de pasos hacia atrás, mientras la llama prendía las hojas de periódico. Agarro el hacha con ambas manos. Ana gritó en su recuerdo. Las llamas de la chimenea parecieron estallar. David cayó hacia atrás, golpeando el suelo con la rodilla al caer del sofá. Un golpe certero, apoyó todo su cuerpo sobre ella. El dolor del músculo le hizo apretar los dientes. La intensidad de las llamas les sorprendió a ambos. La fuerte luz les cegó a la vez que el calor se intensificaba. Ana gritó con más fuerza. El terror se apoderó de ella.

Asustado, se incorporó del suelo con la rodilla doliéndole como un clavo oxidado clavado en el músculo. Oyó al pequeño David romper en llantos. Se lanzó a socorrer a su esposa. Un fuerte hedor de azufre le golpeó las fosas nasales. Y entonces la vio. Allí, de pie delante de ellos. Tomando forma alimentada por las llamas. Sintió la madera del hacha presionada por los músculos de sus manos. Tensados. Poderosos. Decididos. Apretó la mandíbula con fuerza mientras esperaba a la criatura. Unos instantes que se convirtieron en una eternidad. La adrenalina se encargó de ello. La llama creció frente a él. Un soplo de aire infernal chocó contra su cara. Azufre. Su mirada reflejó la satisfacción del momento que había estado esperando.



Las llamas surgieron como una esfera con la chimenea como centro. Contra todo pronóstico, se lanzaron contra un David que blandió su hacha intentando detenerlas. Sintió como una fuerza invisible le golpeaba, empujándole y lanzándole por los aires. Algo muy físico. Cayó de espaldas al suelo, sintiendo los músculos quejarse duramente. El dolor de la rodilla. Mantuvo el palo de su arma agarrado con fuerza con ambas manos.

Un chorro de fuego cruzó el aire del comedor para chocar contra la pared, junto a la puerta por la que había entrado. Al instante siguiente, las puertas correderas se cerraron con un sonoro impacto. David Lafarga sintió los músculos de su espalda tensarse bajo la nuca. Apoyó el mango del hacha contra el suelo para poder levantarse. Tal y como había esperado, la criatura estaba allí, de pie. Con las llamas de la chimenea tras ella como escenario. Su sombra se alargaba hasta proyectarse en las paredes del otro lado del comedor. Miró a David con los ojos inyectados en fuego. De la misma forma en que lo hizo cuando tomó el cuerpo de su esposa. De la misma forma que le hundió la cara entre sus manos. Con la mayor frialdad del mundo. Su cuerpo oscuro, era tal y como lo recordaba. ¿Cómo iba a poder olvidarlo? Parecía haber sido una criatura humana, a la que las llamas del infierno debían haber consumido hasta los huesos, confiriéndole el aspecto de un esqueleto quemado, con restos de músculos y tendones pegados a los huesos por efecto del calor. El color, negro de ceniza, coronado por un aura incandescente que desprendía llamas alrededor de su cuerpo.

David Lafarga apretó los dientes con fuerza. De la misma forma como lo hizo cuando vio a la criatura avanzar hacia su hijo. Los gritos de Ana consumiéndose viva envuelta en llamas todavía retumbaban en su cabeza. Gritó aterrorizado, lanzándose hacia la cuña de su hijo mientras su esposa gritaba que la socorriera.



Jamás pudo perdonarse lo que ocurrió aquella Nochebuena. Se vio superado por la situación. Perdió el control bajo la presión del terror. Pero quién no lo hubiera hecho. Al llegar ante la cuna, la criatura se interpuso entre él y su bebé. Se alzó ante él, cortándole el paso. Atrapó la cara de David Lafarga hundiéndola entre sus manos incandescentes. El terror y el dolor se apoderaron de su cuerpo. Sintió las brasas quemar su piel. Sus músculos. Desfigurando su cara. Cayó al suelo, consumido por el dolor de la carne quemándose. Sabor a cenizas. Entre sus propios gritos, pudo oír a la criatura reír con aquél murmullo malévolo. Reía mientras sujetaba al bebé entre sus manos, arrancándolo de la cuna. El demonio atravesó el comedor en dirección a la chimenea, mientras David se arrastraba por el suelo sin poder hacer nada por impedirselo. Pasó junto al cuerpo de Ana que ya había dejado de gritar. De ella solo quedaba un cadáver inerte y oscuro que seguía prendido, consumiéndose entre las llamas. Oyó el llanto de su hijo en todo momento. No dejó de llorar hasta que la criatura desapareció con él por el hueco de la chimenea. Después se hizo el silencio. Solamente podía oír bajo las llamas el crepitar de la leña en la hoguera y de lo que quedaba de Ana. El cuerpo de su esposa terminó de consumirse delante de él, sin que ni tan siquiera las lágrimas pudieran surgir de sus ojos. La carne de su cara se había calcinado, quemándole los lacrimales. Perdió un globo ocular a la vez que músculos y tendones tomaron un nuevo orden pegados a la superficie de su cráneo. Sus labios se fundieron pegándose y uniéndose al hueso. Ni tan siquiera pudo gritar tranquilo por la rabia y el dolor cuando yacía en el suelo consumido por el dolor y la desesperación. No pudo pronunciar el nombre de su esposa ni el del pequeño David nunca más. A partir de aquella noche solo puedo emitir sonidos y balbuceos incomprensibles. Toda su vida desapareció consumida por las llamas.

Bajo la masa amorfa de su rostro, sus dientes se apretaron con fuerza, mientras blandía en el aire un arco mortal con su hacha. La hoja acertó a la



criatura en la clavícula izquierda, hundiéndose en su cuerpo como en un tronco consumiéndose por las llamas. El corte que había producido la hoja prendió en llamas cuando el interior del cuerpo del demonio entró en contacto con el aire. Debido al impacto, pedazos incandescentes saltaron por los aires.

La criatura gritó de dolor. Asustada. Solo entonces fue capaz de comprender lo que sucedía. Reconoció aquel grito. Aquella voz. Lo hubiera reconocido en cualquier lugar. La mirada vengativa de David se vio alimentada por las llamas y por el poder. El poder de un hombre que ha perdido hasta su propia existencia, y ya no tiene nada más que perder. El hacha volvió a golpear. Un nuevo corte. Volvió a arrancarla del cuerpo de la criatura para volver a golpear. La hoja se clavó una vez más mientras gritaba balbuceos imposibles de comprender. Blandió su arma una vez tras otra, destrozando el cuerpo de la criatura con su hoja. Hierro. Había sustituido la cabeza original del hacha por una de hierro puro.

Los pedazos incandescentes del cuerpo destrozado cayeron sobre el mar de cenizas que cubría el suelo, pero también sobre los muebles. No tardaron en prender las tapicerías, las cortinas de las ventanas. También prendieron sus ropas. Sintió el fuego quemar su carne. Sus músculos. Pero el dolor no consiguió detenerle. Siguió golpeando una vez tras otra. Hasta que solo podía oír los golpes de su hacha y el crepitar de las llamas. Gritó hundido en la locura.

Siguió golpeando con su hacha. Una y otra vez. Hasta que sus músculos, consumidos por el fuego, fueron incapaces de seguir sujetando el arma. Ni tan siquiera podían sujetar su cuerpo. La criatura cayó al suelo despedazada, con sus restos extendidos por el comedor, terminando por prender en llamas lo que se había convertido en un pequeño infierno en el que estaba atrapado.



Desfallecido por el dolor de su cuerpo consumiéndose, los músculos no pudieron sujetarle durante más tiempo. Su hacha cayó al suelo ardiendo, para que después el propio David cayera de bruces, con el cuerpo convertido en una antorcha humana. En los últimos instantes de conciencia, pudo oír el llanto de un bebé. Un llanto del que hubiera estado seguro que se trataba del de su pequeño hijo.

Tan solo si hubiera sido capaz de oírlo.

Autor: Jordi Armengol Carner, L'Ametlla del Vallès, Barcelona, España.
Relato inédito. Hyperespacio Andrómeda. www.libroandromeda.com

El autor ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación de esta obra en nuestra web, con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en internet:

Reconocimiento – Sin obra derivada – No comercial: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.